

CONVERSACIÓN AL HILO DE CARMEN MARTÍN GAITÉ

Alberto PÉREZ
David GONZÁLEZ COUSO

Antes de comenzar nuestro diálogo, ¿Cómo se presentaría Alberto Pérez, nuestro interlocutor?

Nací en Sigüenza un verano de 1950. Fui niño cantor con hábito blanco y cruz de madera, y virtuoso precoz en los instrumentos de rondalla. La adolescencia me la llenaron los acordes de una guitarra Fender y los besos de mi primera novia, esa que creí que sería para toda la vida.

Ya en Madrid, serví a la patria limpiando una corneta con sidol y aprendiendo canciones en fang de los soldados guineanos. La universidad y el conservatorio fueron como el cuento de nunca acabar, sólo amenizado por las carreras delante de los grises. Lo mejor de aquellos años fueron, sin duda, los viajes estivales a Europa, las actuaciones de flamenco y jazz en los colegios mayores, el cine de la *nouvelle vague* y el intercambio furtivo de libros. Y, naturalmente, los pisos de estudiantes, con su trasiego; y la furgoneta doscaballos azul, testigo de tantas peripecias.

De la Mandrágora recuerdo el humo, la risa y alguna mirada torva de mis compañeros; y de la época televisiva, los focos, el maquillaje y los autógrafos. Juré que nunca más sería famoso. Y, sin embargo, la estela de esa popularidad nunca

buscada me mantendría por un largo periodo en la carretera, al frente de mi orquesta. ¿Cuántos músicos pasarían por ella? ¿Cuántos escenarios pisaríamos? Y, sobre todo, ¿cuantos paisajes desfilarían ante nuestros ojos? Porque un amanecer por Pedrafita, Pajares, Miravete o Despeñaperros, de vuelta a casa, es algo que no se olvida.

Los años de radio, sobre todo de madrugada, con sus llamadas anónimas, quizá originadas en lugares remotos, y las largas horas de archivo, tuvieron también bastante de viajero, como las canciones que yo cantaba, a petición de los oyentes, en el silencio de la noche. Aunque allí, el paisaje se dibujaba en la imaginación de cada uno.

Un día sentí la necesidad de aportar algo nuevo a todo ese repertorio universal, al que llevaba dedicado ya más de diez años, e invité a Chicho Sánchez Ferlosio a compartir conmigo la aventura de poner en marcha un baile con canciones originales. Fue una experiencia inolvidable, de la que los dos aprendimos mucho. A nuestras sesiones de trabajo solía acudir por sorpresa Carmen Martín Gaite, y, ella y yo, acabaríamos fundando *Arizor Records*. En poco tiempo se me fueron los dos. A Carmen le dediqué el libro-disco *Poemas*, y a Chicho el espectáculo *La Orquesta Volátil*.

Hace ya unos años que recuperé la guitarra, e ideé una manera de tocar los ritmos orquestales sin que perdieran su carácter; después, inventé otra para cantarlos *a capella*. Así que, ando ligero de equipaje. Y es que no hace falta más: un «dubidubi», un buen paisaje y, si surge, una buena compañía.

Conocí a Carmen Martín Gaite en un baile. Yo estaba en el escenario atizando la pasión de los danzantes al frente de mi orquesta, y de pronto la vi en mitad de la pista moviendo su melena plateada. No pude contener el impulso de dedicarle una canción, y ella lo agradeció con una mirada y una sonrisa que encerraban toda la ilusión y la melancolía del mundo.

[Con estas palabras iniciaba Alberto Pérez la introducción al libro *Poemas* que, aunque publicado muy poco tiempo después de la muerte de Carmen Martín Gaite, habían pergeñado y trabajado juntos. No solo en la edición del volumen, sino en la

grabación del CD que lo acompañaba con la voz de su autora recitando los textos].

Da la impresión de que este magnífico retrato con el que abres el libro de poemas de Martín Gaite refleja, no el resultado de un primer contacto con una escritora ya reconocida, sino el conocimiento de una persona a la que te ha unido una gran amistad. ¿Cómo describirías tu relación con Carmiña — porque así la conocían—?

Fue una relación cercana a lo paterno-filial. En su casa — su hermana Anita vivía al lado — me llamaban *el Chico*. A Carmiña la conocí por su sobrino Chicho Sánchez Ferlosio, con el que yo había empezado a colaborar, y se hizo asidua de nuestras sesiones de trabajo. Solía presentarse sin avisar y *probaba* las piezas que íbamos haciendo, bailando alternativamente con cada uno de nosotros. Después, salía disparada hacia su casa para seguir escribiendo.

Con la perspectiva de los años, ¿cuál es tu valoración acerca de la recepción de su obra?

Pues que, sobre todo en la última etapa de su vida, tuvo un gran reconocimiento por toda clase de públicos, especialmente las mujeres, incluidas las más jóvenes, lo que no deja de ser un gran privilegio.

En 1997 publicaste y produjiste tú mismo el álbum «Tiempo de baile». En él, colaboró en las letras Chicho Sánchez Ferlosio y escribió un texto Carmen Martín Gaite. Allí señalaba que «a quien conozca a Alberto Pérez solamente como intérprete de canciones de siempre —las que yo bailaba en mi juventud— le convendría fijarse en que su estilo no se ha forjado a humo de pajas ni miméticamente, sino partiendo de un profundo conocimiento de los géneros que interpreta». La importancia de la vocación, tan respetada por ella, creo que es una nota común en vuestras trayectorias. ¿Cómo trabajaba Carmiña?

Se documentaba profundamente sobre todo lo que escribía, cosa que puede comprobarse en los diferentes géneros que practicó. Solía trabajar en bibliotecas, como la del Ateneo de Madrid, donde pasó muchas horas.

El legado de la memoria es una preocupación constante en la obra de Martín Gaite. ¿Qué recuerdo confesable guardas con mayor agrado de ella?

Era una persona muy espontánea y resolutiva. Si, por ejemplo, íbamos de paseo y se acordaba de alguien, buscábamos una papelería y un estanco, y allí mismo le escribía una postal o una carta, a veces en la pared del mismo local o sobre el buzón.

Carmiña ha trascendido los géneros, de igual modo que ha roto diversas barreras que afectaron a su biografía y a su creación. ¿En qué aspecto consideras que fue más transgresora?

Quizá en la parte de sus cuadernos y diarios, cuajados de recuerdos y reflexiones e ilustrados con multitud de dibujos, recortables y fotos. También se distinguió por su personal manera de vestir.

«Veo el lugar». Esta era su respuesta cuando le preguntaban de qué manera concebía una nueva obra literaria. ¿Qué lugares consideras que le han influido?

Desde luego, Piñor, la aldea natal de doña Marieta, su madre, donde pasaba los veranos. También, naturalmente, su etapa de infancia y adolescencia en Salamanca. Y, por último, sus viajes por el mundo, especialmente a Nueva York.

¿Qué lugares recuerdas haber compartido con mayor delectación en su compañía o cuáles eran los que ocupaban muchas de vuestras conversaciones?

Cuando fundamos el sello discográfico Avizor Records tuvimos ocasión de viajar juntos para presentarlo, lo que supuso para Carmen un gran estímulo. Y en estos viajes nos contábamos cosas todo el tiempo, especialmente de nuestras familias y lugares de origen. A ella le gustaban mucho las historias que yo le contaba sobre mis abuelos: uno, industrial textil; el otro, vendedor ambulante de especias. Por su parte, ella me contó cosas de su entorno familiar que demostraban tener conmigo una gran confianza. Era una persona muy amena, y al hilo de sus narraciones iba intercalando versos y canciones de la manera más natural. Todo, con el motor del coche de fondo y los paisajes sucediéndose ininterrumpidamente.

Carmiña fue una autora respetada, querida y muy admirada. ¿Crees que ella se sentía así?

La verdad es que no le preocupaba demasiado lo que pudiera decirse de ella; pero, claro, también agradecía los

comentarios elogiosos, sobre todo si venían de alguien a quien ella respetaba o admiraba.

La escritora ha forjado también una imagen. Su pose pública y los trazos de muchos de sus personajes contienen guiños y modos de sentir que parecen serle propios. ¿Cuánta verdad consideras que pudo haber en esa invención?

Es difícil saberlo. Carmiña tuvo una personalidad muy rica y una vida intensa. Viajó mucho, leyó mucho y tuvo amigos de todas las clases sociales.

Algunos breves apuntes:

Su mejor texto

Me viene a la memoria el verso *Tú cruzas con tu luz la otra ladera*, del poema *Luna llena*. Creo que no se le ha prestado la atención que merece a la obra poética de Carmiña.

Tu recuerdo imperecedero

Nuestra despedida en la estación de Chamartín, en Madrid, cuando sabíamos que nunca más nos volveríamos a ver.

Una palabra que la definía

Generosidad

Una canción compartida

Chica, el swing que compuse con Chicho y que estrené dedicándosela a ella desde el escenario.

Una lectura compartida

El *Soneto XXIII*, de Garcilaso.

Te agradezco que hayas sido un interlocutor tan preciso, generoso y sólido a la hora de dedicar un tiempo a recordar la figura de una escritora para todos los tiempos. Me gustaría concluir con estas cuestiones:

¿Qué aportaciones señalarías respecto del conocimiento de su obra en los últimos años?

Se ha escrito mucho sobre ella, especialmente en este año de su centenario, y me parece que, en general, tienden a reivindicarse tanto la vigencia de su obra como la personalidad de la propia Carmen.

¿Cómo le presentarías a Carmiña a la juventud que no conoce sus libros?

No es fácil, en estos tiempos de cultura audiovisual. Les intentaría introducir en su figura a través de poemas, narraciones

breves y dibujos o *collages*. También les mostraría grabaciones en vídeo donde se puede apreciar su manera de hablar y su atractiva imagen.

Un último retrato de la persona, escritora y amiga que ha sido Carmen Martín Gaite.

Durante los quince años que la traté, hasta que falleció, recibí su cariño y su apoyo de forma continuada y sin reservas. Por mi parte, me reconforta el haberle podido proporcionar muchos momentos de regocijo e ilusión. Todavía la recuerdo esperando impaciente la llegada del primer disco que publicamos, o bailando como una veiteañera las canciones que ella misma vio hacerse en mi casa, en compañía de su sobrino Chicho.